



1 / Guayaquil
II semestre 2018
ISSN XXXX-XXXX

Imaginación, historia y utopía en la narrativa ecuatoriana de inicios del siglo XX: tres novelas de Manuel Gallegos Naranjo

59

Imagination, history, and utopia in Ecuadorian narrative of the first half of the 20th Century: Three novels of Manuel Gallegos Naranjo

Andrés Landázuri,
Universidad de las Artes,
Guayaquil, Ecuador

Resumen

El artículo aborda tres novelas muy poco estudiadas, aparecidas en la primera década del siglo XX, del ecuatoriano Manuel Gallegos Naranjo: *Guayaquil* (1901), *¡Celebridades malditas!* (1906) y *Haz bien, sin mirar a quién* (1910), las cuales llevan los significativos subtítulos de «novela fantástica», «novela histórica» y «novela social», respectivamente. Los tres textos narrativos, si bien no tienen una directa relación argumental, nos sirven para reflexionar sobre la imaginación política y utópica enarbolada

por cierta intelectualidad guayaquileña en los años de auge del liberalismo progresista de entre siglos, toda vez que las visiones que Gallegos Naranjo articula en sus universos narrativos ponen en evidencia un proyecto historicista vinculado al desarrollo capitalista propuesto por la élite liberal del principal puerto ecuatoriano durante el proceso modernizador especialmente activo en el período.

Palabras clave: Manuel Gallegos Naranjo, novela ecuatoriana, Guayaquil, liberalismo, utopía y ficción

Abstract

The paper seeks to address three very little studied novels, appeared in the first decade of the 20th century, by Ecuadorian author Manuel Gallegos Naranjo: *Guayaquil [Guayaquil]* (1901), *¡Celebridades malditas! [Damned Celebrities!]* (1906) and *Haz bien, sin mirar a quién [Do well, without looking at whom]* (1910), which carry the significant subtitles of «fantastic novel», «historical novel», and «social novel», respectively. Although they do not have a direct narrative relationship, the three novels serve to reflect on the political and utopian imagination raised by a certain intelligentsia from Guayaquil during the years of the rise of progressive liberalism of between centuries, since the visions that Gallegos Naranjo articulates in his narrative universes reveal a historicist project linked to the capitalist development proposed by the liberal elite of Ecuadorian's main port during the process of modernization, which was particularly active during the period.

60

Key words: Manuel Gallegos Naranjo, Ecuadorian novel, Guayaquil, liberalism, utopia and fiction

En el marco de lo que podríamos denominar, en términos de periodicidad histórica, la «novela ecuatoriana del período liberal» (1895-1925), han salido a la luz en los últimos años una buena cantidad de textos narrativos casi totalmente desatendidos por la crítica y que apenas han sido tomados en cuenta para la historia literaria nacional y regional. Ni los estudios clásicos al respecto ni los más recientes han ahondado de manera significativa en la narrativa del mencionado período, por lo que la mayoría de dichos textos todavía reposan en diversos repositorios bibliográficos, dentro y fuera del país, a la espera de una mirada analítica que los recoja y reconsidere

bajo la luz de una perspectiva valorativa en términos no solamente estético-literarios, sino también semiótico-culturales.¹ Es con la intención de aunar aportes para ese esfuerzo interpretativo que abordamos en las líneas que siguen una visión general de la producción narrativa de Manuel Gallegos Naranjo (Guayaquil, 1845-c.1917).

Preliminares: el debate en torno a la modernidad liberal

Quizá resulte oportuno arrancar estas reflexiones directamente con una cita proveniente de un texto fechado en 1872:

—La humanidad progresa y se aproxima a la perfección.
—La humanidad camina a su perdición: se muere.
Estos son los gritos diversos que se escuchan más claramente en la inmensa batahola del siglo XIX. ¿A cuál nos quedamos?

Con estas opiniones y esta interrogación arrancaba un folleto publicado en Quito con el título *La santa guerra*. En él, utilizando el pseudónimo de Hermias, Juan León Mera presentaba lo que en sus palabras suponían unas «breves reflexiones sobre el estado religioso y social del siglo». ² Los dos «gritos diversos» de los que habla Mera no interesan tanto aquí por el contenido particular del largo comentario que les dedica —el cual, por cierto, corresponde a la muy conocida postura ultra católica del ambateño—, sino porque acaso sirven de perfecta síntesis del conflicto fundamental que atravesara todo el acontecer político-ideológico del siglo XIX ecuatoriano, esto es, la tensión entre las nociones de progreso y retraso impuestas por el embate cada vez más acelerado que la modernidad liberal infringía sobre el devenir socioeconómico de la república en ciernes. Se trata, claro está, de una de las versiones locales de la disputa entre

1 Entre los estudios que hemos denominado «clásicos» vale señalar *La novela ecuatoriana* (México: Fondo de Cultura Económica, 1948) de Ángel Felicísimo Rojas, o la monumental *Historia de la literatura ecuatoriana* (Quito: Editorial Ecuatoriana, 1944-1955) de Isaac J. Barrera, mientras que entre los más actuales destaca muy especialmente el volumen de Alicia Ortega Caicedo *Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo XX* (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar; Buenos Aires: Corregidor, 2017). Para una lista —preliminar e incompleta— de títulos del período, ver la nota 5 de este mismo artículo.

2 Quito: s.e., 1872, 1.

‘civilización’ y ‘barbarie’ que tanta tinta ha hecho correr para dar explicación a la evolución cultural latinoamericana de la época.

La cita nos parece importante porque abre una puerta para comprender la evolución del imaginario simbólico presente en la narrativa ecuatoriana de entre siglos, es decir, en el período conflictivo e intenso en el que el Ecuador ingresaba al circuito de la modernidad capitalista tal como la conocemos hasta ahora.

En ese sentido, el texto de Mera sirve como un ejemplo de la respuesta hegemónica que cierta intelectualidad ecuatoriana todavía daba al dilema ya cerca del último cuarto del siglo XIX. Hegemónica, decimos, tomando en cuenta que el poder político, por lo menos hasta 1875, estuvo articulado en torno al régimen conservador, régimen que, sin negar del todo la primera de las opiniones («la humanidad progresa y se aproxima a la perfección»), aceptaba como evidente la segunda («la humanidad camina a su perdición: se muere»), y planteaba frente a ella un proyecto de autoritarismo en la administración gubernamental, inflexibilidad en la moral pública y rigidez casi teocrática en la institucionalidad del aparato estatal. Ese conservadurismo decimonónico, que reaccionaba ante lo que veía como un peligro de degradación en muchas de las transformaciones progresivas que traía consigo la época, no podría sin embargo detener la inevitable evolución de su programa ideológico contrario, el cual se fue articulando a lo largo del siglo con la emergencia del liberalismo como proyecto político de índole progresista y moderno. De hecho, como resulta claro para la historiografía de nuestros días, en el caso ecuatoriano la respuesta más contundente que el siglo XIX diera a ese enfrentamiento tan sucinta pero acertadamente planteado en el texto de Mera se produjo a partir del triunfo de la revolución alfarista del 5 de junio de 1895.

La Revolución Liberal no solamente sería el hito fundamental del paso hacia la nueva concepción de la República del Ecuador en tanto nación liberal moderna —lo cual puede evidenciarse en el amplio mecanismo (institucional, económico, cultural) que desató su proceso modernizador—, sino que también —y eso es lo que más interesa aquí— supuso la ratificación de una nueva imaginación simbólica sobre (parafraseando a Mera) ‘el estado espiritual y social del siglo’. Así pues, en los años circundantes y sobre todo posteriores al triunfo de la revuelta comandada por Alfaro se terminó de consolidar una nueva respuesta hegemónica a las interrogantes que planteaba el creciente desafío de la modernidad, toda vez que, en la bisagra del paso de un siglo a otro, se

aunaron las condiciones materiales e ideológicas para la transformación de la vida en el Ecuador desde su origen en la fundación colonial hacia su nuevo estatus en el seno de la modernidad capitalista.

El proyecto del nuevo Estado en lo simbólico vino aupado por otra de las grandes transformaciones de las que fue testigo el siglo XIX. Me refiero al permanente crecimiento de la prensa escrita como soporte de difusión y ampliación de las posturas intelectuales con las que se iba forjando el debate de la nación.³ Fue en las lides de ese a menudo precario periodismo, donde, sostenida por las exploraciones del costumbrismo y el creciente interés por la memoria histórica de carácter nacionalista, terminó de consolidarse la narrativa de ficción como género apto para la representación de la realidad del Ecuador de la época. Más aún, la narrativa a partir de las últimas décadas del siglo XIX fue acaso el único género de ficción que alcanzó una capacidad expresiva idónea no solo para representar, sino para imaginar las posibilidades de la realidad en términos utópico-políticos.⁴

De hecho, para finales del siglo XIX e inicios del XX, el quehacer novelístico en el Ecuador mostraba una profusión de títulos y autores sin precedentes en la evolución literaria nacional. Ese período, —como hemos dicho, muy poco atendido por la crítica fuera de casos aislados como podrían ser algunas de las *Novelitas ecuatorianas* de Mera (textos de 1866-1893, publicados en conjunto en 1909), *A la Costa* (1904) de Luis Martínez o acaso *Pacho Villamar* (1900) de Roberto Andrade— supone un conjunto textual de elevado interés para la comprensión de lo que hemos venido llamando “imaginario simbólico” del período. De ese corpus rescatamos para esta ocasión las tres novelas que se conservan de Manuel Gallejos Naranjo. Estas son: *Guayaquil* (1901), ¡*Celebridades malditas!* (1906) y *Haz bien, sin mirar a quién* (1910), las cuales llevan los significativos subtítulos de «novela fantástica», «novela histórica» y «novela social», respectivamente.⁵

3 Un completo resumen del proceso puede verse en Claudio Mena, «El ensayo y el periodismo en el período», en *Historia de las literaturas del Ecuador 4. Literatura de la república 1895-1925*, coord. Julio Pazos Barrera (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2007), 161-87.

4 Sigo, de manera general, la muy conocida postura planteada por Doris Sommer, quien ve una estrecha relación entre la novela latinoamericana del siglo XIX y la consolidación de los Estados nacionales. Ver Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004).

5 Aparte de los mencionados, consignamos aquí una lista tentativa de autores

Gallegos Naranjo en el contexto de las transformaciones del liberalismo

Antes de caer de lleno en esta suerte de trilogía del guayaquileño Gallegos Naranjo, cabría recordar que, en cuanto a lo geográfico, el punto neurálgico de la transformación liberal en el Ecuador fue precisamente el puerto de Guayaquil, ciudad que hacia finales del siglo se alzaba ya como principal enclave económico del país, al tiempo que igualaba por primera vez en población a la capital serrana y experimentaba, especialmente tras el llamado «Gran Incendio» de 1896, un acelerado proceso de reconstitución y modernización urbanísticas. El auge de Guayaquil venía comandado por una creciente y pujante burguesía urbana, compuesta fundamentalmente por comerciantes y banqueros cuyas actividades se ligaban a la dinámica agroexportadora en aumento a lo largo de todo el siglo. Y fue precisamente en torno a ese auge que se consolidó la nueva simbología del Estado liberal, la cual hundía sus raíces en una imaginación política y utópica vinculada a los principios del desarrollo capitalista propuestos por esa creciente y pujante élite financiera.⁶

64

y títulos de narrativa de ficción ecuatoriana que hemos podido ubicar entre 1890 y 1910, según diversas fuentes. Antonio José Quevedo: *Alma y cuerpo* (1890). Carlos Rodolfo Tobar: *Relación de un veterano de la independencia* (1891). Honorato Vázquez: *Campana y campanero* (1891). Alfredo Baquerizo Moreno: *Titanía* (1892), *Evangelina* (1894), *El señor Penco* (1895), *Luz* (1897), *Sonata en prosa* (1897) y *Tierra adentro, la novela de un viaje* (1898). Francisco Campos Coello: *La receta* (1893), *La hija de Atahualpa, crónica del siglo XVI* (1894), *Narraciones fantásticas* (1894), *Viaje a Saturno* (1901). Alberto Arias Sánchez: *Ratas de ocio* (1896). Miguel Ángel Corral Salvador: *El suicida* (1896) y *Un manuscrito* (1898). José Peralta: *Sebastián Pinillo* (1898). Manuel J. Calle: *Carlota* (1899). Fidel Alomía: *La banda negra* (1900). Manuel Belisario Moreno: *Naya o la chapetona* (1900). Manuel E. Rengel: *Luzmila* (1903). Eudófilo Álvarez: *Ocho cartas halladas* (1903), *Abelardo* (1905), *Cuentos y otras cosas* (1905). Quintiliano Sánchez: *Amar con desobediencia* (1905). Víctor Manuel Rendón: *Lorenzo Cilda* (1906 en francés; edición castellana en 1929). Miguel Ángel Corral: *Voluptuosidad* (s.a. [¿1907?]) Nicolás Augusto González: *La llaga* (1908) y *El último hidalgo* (1912). Abelardo Iturralde: *Dos vueltas en una, alrededor del mundo: un viaje imaginario en sentido opuesto al movimiento de rotación* (1908). Miguel Ángel Montalvo: *Los malhechores de la justicia* (1910).

6 Sobre la evolución de la dinámica regional interna y el auge poblacional de Guayaquil puede verse, de manera general, Juan Maiguashca, ed., *Historia y Región en el Ecuador. 1830-1930* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1994), o bien Michel Portais, «La población en el espacio ecuatoriano: evolución histórica», en Daniel Delaunay, Juan B. León V. y Michel Portais, *Transición demográfica en el Ecuador* (Quito: Centro Ecuatoriano de Investigación Geográfica, 1990), 14-16. So-

Manuel Gallegos Naranjo, hijo del próspero comerciante e intelectual español Cayetano Gallegos de Luna —uno de los boticarios mayoristas más importantes de Guayaquil hacia la mitad del siglo XIX—, provenía justamente de esa nueva clase comercial muy activa e influyente en el período.⁷ Había nacido en Guayaquil el 26 de marzo de 1845, y en su tiempo llegó a ser considerado «uno de los más notables historiadores» de la ciudad. Su «obra intelectual se destac[ó] en el periodismo, la crónica, la historia, las estadísticas, la literatura, la poesía y el ensayo». Hacia mediados del siglo pasado, el bibliógrafo Carlos A. Rolando llegó a registrar once obras de su autoría, entre las que vale destacar, aparte de las tres novelas que aquí comentaremos, varios trabajos en poesía, algunos trabajos teórico-críticos —como un *Diccionario de voces poéticas* (1880) y un *Estudio sobre el soneto* (1908)—, dos almanaques de Guayaquil muy exitosos en su momento —uno de 1883 y otro (*Fin de siglo*) de 1900, reeditado luego en 1902—, e incluso una breve pieza dramática en un acto, de tema histórico —*Bolívar calumniado*, 1883—.⁸ En el colofón de su novela ¡Celebidades malditas!, el propio Gallegos Naranjo menciona además 18 títulos inéditos, entre los que se cuentan textos de carácter histórico, artículos de crítica social, literaria y política, diccionarios, colecciones de poesía —se menciona, por ejemplo, una colección de más de 300 sonetos— y otras más.

También ha de señalarse la actividad de Gallegos Naranjo como redactor en varios periódicos de la época, especialmente en *El Espejo*, publicación periódica liberal fundada por él mismo —

bre el desarrollo urbanístico de Guayaquil ver Fernando Balseca, «Los modernistas portuarios: la otra lírica de Guayaquil» (informe final de proyecto de investigación, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2004), 2-7.

⁷ La mayor parte de los datos relativos a la biografía de Gallegos Naranjo y su familia los tomamos de Alejandro Guerra Cáceres, «Apuntes biográficos sobre Joaquín Gallegos Lara», en *Escritos literarios y políticos de Joaquín Gallegos Lara*, Colección Letras del Ecuador n.º 122 (Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1995), 5-91. El entrecomillado que sigue en este párrafo proviene de la página 13 de esta fuente. También nos guiamos por lo que dice Rodolfo Pérez Pimentel, «Manuel Gallegos Naranjo», *Diccionario Biográfico del Ecuador*, tomo XIV (Guayaquil: Universidad de Guayaquil, 1997), 262, versión digital disponible en <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo14/g3.htm>, consulta del 12 de noviembre de 2017.

⁸ A estos datos llegamos a través del mentado estudio de Guerra Cáceres, si bien hemos corroborado la información revisando directamente el título de Rolando, *Las bellas letras en el Ecuador* (Guayaquil: Imprenta y Talleres Municipales, 1944), 24, 56, 85, 86, 87, 94, 106, 126, 132 y 148.

junto con el intelectual Eduardo B. Tama— en mayo de 1871, y que le valdría un destierro a Chile durante el gobierno de García Moreno. También a su retorno al Ecuador en 1877 estaría relacionado con otros periódicos locales como *El ocho de septiembre*, *La Nación* y *El vigilante*, este último durante su estancia en la ciudad de Quito, en 1878, como funcionario del gobierno del general Veintimilla. De vuelta en Guayaquil, fue discípulo de Pedro Carbo y de Francisco Campos Coello, cuyas ideas políticas y literarias compartió en buena medida. No participó activamente en la revuelta del 95 debido a que para entonces, según cuenta un biógrafo, «se encontraba reducido a un sillón a consecuencia de la parálisis» causada por una trombosis.⁹ No obstante, siguió plenamente activo a nivel intelectual hasta por lo menos finales de la primera década del siglo XX. Su muerte ocurrió hacia 1917, sin que consten más datos específicos al respecto.

Con este breve brochazo panorámico de su figura, tenemos en Manuel Gallegos Naranjo a un interesante intelectual del liberalismo, ideal acaso para explorar en su obra las transformaciones que trajeran consigo los embates desarrollistas del período y en especial las aspiraciones simbólicas de la clase letrada de su época. Gallegos Naranjo se nos muestra como un claro representante de la pequeña burguesía guayaquileña del período, adscrita plenamente a los ideales reformistas liberales y de cierta forma entregada a un programa cuyo horizonte de expectativas se centró en un crecimiento de la riqueza y su concomitante estado de progreso colectivo. Todo ello es claramente visible en el imaginario enarbolado por las tres novelas que aquí pretendemos observar en conjunto, textos pertenecientes, en un sentido cronológico, más bien a la madurez y aún decadencia de su autor.

La trilogía de Gallegos Naranjo: entre la revisión histórica y la desbordada fantasía desarrollista

La primera novela de la trilogía, *Guayaquil*, publicada en 1901 con el subtítulo de «fantástica»,¹⁰ es una ficción proyectiva que plantea una supuesta utopía futura de desarrollo y progreso, ubicándola

9 Pérez Pimentel, "Manuel Gallegos..."; consulta del 13 de noviembre de 2017.

10 Guayaquil: Imprenta Manabita, 1901, 108 pp. Nos referiremos a ella utilizando la abreviatura G, seguida del número de página correspondiente.

(paradójicamente) en un pasado remoto y no recordado por la humanidad. Todo lo que ocurre en la novela aparece como una proyección de lo que habría de pasar a lo largo del siglo XX, hasta que al final se entiende que ese supuesto siglo XX pertenece en realidad a una antigua cronología ya olvidada por la historia humana, y que el presente real en el que se cuenta la historia sucede mucho tiempo después, momento en que esos antiguos hechos se recuerdan y podrían repetirse. En ese sentido, *Guayaquil* funciona como una suerte de declaración de aspiraciones tanto de lo que ha pasado alguna vez como de lo que podría pasar, siendo por tanto una proyección en doble sentido: lo que propone es cierto tanto en el futuro como en el pasado; o, dicho de otra forma, su proyecto es posible hacia adelante justamente porque ha sido ya probado en el remoto atrás, con éxito.

En cuanto al argumento, la escritora y crítica Solange Rodríguez lo ha sintetizado de la siguiente manera:

Guayaquil, novela fantástica es un ejercicio de escritura de anticipación en el que se narra la historia de un personaje llamado Guayaquil, tal como la [actual] ciudad, quien desde su nacimiento está destinado, al igual que un mesías, a rescatar a la ciudad Bello Edén de los malos gobiernos y del caos. Guayaquil viene al mundo con una capacidad extraordinaria para el arte y las ciencias, las mismas que domina muy rápido y desde las que pronto aporta con inventos y descubrimientos que enriquecen el progreso de la humanidad.¹¹

67

Rodolfo Pérez Pimentel, por su parte, la califica como «una rara historia de lo que podría suceder en la política nacional en el siglo XX, escrita con bastante lentitud y casi nada de imaginación».¹² En franca contradicción con estas apreciaciones, nos parece que se trata de una novela en exceso rápida y acaso desbordada por una imaginación frondosa, que en su optimismo roza la ingenuidad. En con-

11 Solange Rodríguez Pappe, "Sumergir la ciudad: apocalipsis y destrucción de Guayaquil. Estudio de tres novelas de literatura proyectiva: *Guayaquil, novela fantástica* de Manuel Gallegos Naranjo, *Río de sombras* de Jorge Velasco Mackenzie y *El libro flotante de Caytran Dölpfin* de Leonardo Valencia", (tesis de grado para la Maestría en Estudios de la Cultura, mención en Literatura Hispanoamericana, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2014), 31.

12 Pérez Pimentel, "Manuel Gallegos..."; consulta del 12 de noviembre de 2017.

junto, la narración evidencia un programa civilizatorio que no acepta matices: aquí el futuro de Guayaquil aparece como indisociable de un desarrollismo tecnológico y capitalista —a la vez necesario e inevitable— para el que es preciso mejorar el conocimiento científico, ampliar el fomento de lo artístico y fomentar la producción de riqueza.

El capítulo inicial de la novela arranca con una reflexión sobre la existencia humana en el tiempo y su destino civilizador, desde la creación divina hasta el siglo XX (que es, repetimos, el supuestamente retratado en la novela). En la ficción planteada, los continentes del mundo son cinco —Inca, Asia, Europa, África y Austral—, cada uno de los cuales alberga siete repúblicas. Una de esas repúblicas es el Ecuador, cuya capital, Bello Edén, ha llegado a ser para el año 2000 la ciudad más poblada y desarrollada del planeta. El relato, pues, recorre el camino que ha tomado la ciudad para llegar a ello, luego de haber sido dominada por los siete rebeldes del Averno, entre 1930 y 1980.

Personajes fundamentales son un excéntrico multimillonario inventor, Leunam, y su cercano amigo Guayas, también multimillonario. Es este último quien tiene un hijo con su esposa Quil, el cual es bautizado con el nombre de Guayaquil y muestra grandes dotes de ingenio y habilidad desde pequeño. Paralelamente al desarrollo de Guayaquil —que se da, principalmente, en París— Ecuador sufre una serie de males políticos representados en sus déspotas gobernantes: Don Narciso Fierabrás (que es asesinado por una conspiración), el general Anastasio Bebidilla, el doctor José Rapiña, don Juan Eladio Mañoso y, por último, Filomeno Filoagudo.¹³ A este último sucede el propio Guayaquil, luego de su retorno, y tras narrarse una serie de sucesos algo tortuosos. La presidencia de Guayaquil, marcada por su inteligencia, cultura, nobleza de alma, aspiración, constancia, corazón y honor, lleva a Bello Edén al más amplio desarrollo imaginado, hasta que la felicidad plena es destruida de una sola vez por un enorme cataclismo que sume al mundo en la barbarie. La actual Guayaquil, creada mucho tiempo después de lo narrado, conmemora ese nombre

13 Todos ellos, evidentemente, sugieren correspondencias con personajes de la vida política ecuatoriana del siglo XIX. Así, Narciso Fierabrás sería García Moreno, mientras que Anastasio Bebidilla sería Ignacio de Veintimilla. A José Rapiña, Juan Eladio Mañoso y Filomeno Filoagudo podríamos relacionarlos con José María Plácido Caamaño, Antonio Flores Jijón y Luis Cordero Crespo, respectivamente. Siguiendo este esquema cronológico, Guayaquil vendría a ser una representación del general Eloy Alfaro.

fantástico y apenas recordado del pasado remoto de la humanidad.

En conjunto, toda la novela supone una fábula de desarrollo cuyo horizonte de expectativas es sin tapujos un modelo anclado en buena medida en las reformas implementadas por el liberalismo como mecanismos de ingreso del país en la dinámica global moderna. Las nociones de «progreso, independencia, libertad, orden, moralidad, honradez y virtud» (G, 18) están presentes a todo lo largo de la novela, hasta consumarse en esa suerte de conquista plena de la civilización que es la ciudad de Bello Edén bajo el gobierno del filántropo y millonario Guayaquil. La ciudad del futuro, en la ficción de Gallegos Naranjo, aparece como el culmen de los ideales que traían consigo las reformas progresistas de la Revolución Liberal: calles canalizadas y empedradas, edificios equipados con desagües y «tuberías de hierro para el agua del consumo diario y [...] el socorro», «luz eléctrica, baños, excusados y teléfonos», calles rebautizadas con nombres «apropiados a la civilización de la época», paseos anchos y embellecidos, teatros grandes y pequeños repartidos por toda la urbe, así como escuelas y colegios para hombres y mujeres, «un hospital de caridad, una casa de beneficencia, un asilo de mendigos, uno de huérfanos y expósitos, una universidad, un manicomio, un museo de pinturas, un jardín zoológico, siete bibliotecas, cinco plazas de mercado, cuatro muelles, un observatorio astronómico, un templo consagrado a una de las divinidades, veneradas y adoradas por sus atributos, varias estaciones de ferrocarril pertenecientes a diversas empresas y una central del ferrocarril universal», además de «muchos otros edificios y establecimientos de reconocida utilidad pública» (G, 88-89).

Guayaquil personaje se construye así como promesa de la Guayaquil ciudad, cuya realidad no es representada sino en forma de utopía, o más precisamente de proyecto utópico-político, en tanto refrenda los postulados del proyecto liberal en plena consolidación en el momento. Toda la novela es por tanto una clara afirmación de la confianza en un cierto modelo de progreso urbanístico, económico y cultural como vía de continuidad hacia el futuro prometido para la ciudad y el país.

Como contrapunto y complemento de esta aspiración desarrollista de *Guayaquil* se nos presenta la revisión del pasado nacional que hace la siguiente novela de esta virtual trilogía, ¡Celebridades malditas!, texto publicado en 1906 con el subtítulo muy significativo

de «novela histórica».¹⁴ La novela arranca con una larga y muy interesante descripción de la Guayaquil de 1858, cuando contaba con alrededor de 42.000 habitantes y estaba dividida en cuatro barrios: Concepción (la ‘ciudad vieja’), la Merced (hasta la actual Luque), Sagrario (hasta la actual Colón) y Astillero (a partir de ahí hacia el sur, muy poco poblado). La variada y valiosa información (sobre costumbres, nombres, comida, tipos sociales —como los serenos o rondines—, establecimientos educativos, prensa, etc.) plantea un cuadro completo, cuya finalidad es mostrar a una Guayaquil «completamente atrasada» (CM, 16), tanto en lo físico como en lo social. En esta primera parte, que sirve como presentación contextual, se revisan episodios de la historia nacional, haciendo mención a los quince presidentes constitucionales que había tenido el Ecuador entre 1830 y 1900, para llegar a una conclusión: «Todos ellos han descuidado los dos principales ramos de administración del Gobierno y estabilidad del progreso augurador de futura palpable civilización: el ramo de Policía y el de Instrucción Pública: éste porque instruye al pueblo y el otro porque lo moraliza» (CM, 17). Así, la república «no está bien organizada» y sus ciudades «carecen de la luz radiosa para extinguir sombras, obscuridades y tinieblas» (CM, 17).

70

Estamos aquí, por tanto, ante una crítica del modelo que se percibe como caduco y que se auguraba superado en la propuesta imaginaria de la primera novela. Quizá lo más significativo en ese sentido sea la mirada furiosa y resentida que plantea el relato contra ciertos elementos significativos del país que pretende superarse, arraigados todos en lo que se percibe como el periodo anterior, de égida conservadora en lo político. En catorce capítulos, ¡Celebidades malditas! lleva adelante un hilo narrativo marcado por dos caminos diríase paralelos, uno de ellos es justamente concerniente a la vida política del país, especial —aunque no únicamente— en torno a la figura de Gabriel García Moreno. El otro está vinculado a las historias particulares de dos bandidos guayaquileños: Manuel Ramírez y Ricardo Mayer, apodados «Miramelaseña» y «Niñodiós», respectivamente. En conjunto, la obra sugiere una relación precisamente entre el dictador y los dos ladrones, conectados por sus caracteres morales y sus particulares arrebatos de pasión.

El retrato de García Moreno, desde su vuelta al Ecuador tras su estancia en Europa en 1858 hasta después de su muerte en

14 Guayaquil: s.e., 1906, 141 pp. Nos referiremos a ella con la abreviatura CM.

1875, se esfuerza por hacer de él un «pecho lleno de ambiciones y de venganzas», además de «una cabeza llena de ilusiones, proyectos y planes descabellados, propios de un cerebro enfermo» (CM, 29). En palabras del narrador de la novela, «la personalidad moral de García Moreno puede muy bien explicarse con pocas palabras: carácter impetuoso y despótico; espíritu revolucionario; voluntad omnímoda; y corazón cruel en alma de tirano» (CM, 33).¹⁵ Por su parte, tanto Miramelaseña como Niñodíos son representados como rufianes llenos de tosquedad y malicia, lo cual se debe, principalmente, a la falta de una buena educación y una consecuyente toma de malas decisiones. La constatación de sus vidas ajetreadas y erráticas va tejiendo una suerte de mirada que busca evidenciar aspectos que han de corregirse o superarse en términos sociales si se quiere abandonar el estado caótico y desorganizado de la nación. Es, en ese sentido, un relato aleccionador y moralizante, incluso propagandístico, cuya intención fundamental radica en evidenciar lo que política y socialmente debe ser superado para salir del atraso.

Las «celebridades malditas», a quienes en algún momento se define como «los seres más desgraciados de la especie humana» (CM, 88), vendrían a ser tanto los malhechores de baja ralea como los altos políticos, ambos igualados en su bajeza humana y en la triste condición de una celebridad causada justamente por la mezquindad (por eso justamente lo de «maldita»). Muy significativa a este respecto resulta la opinión de Juan Montalvo, que aparece —sorpresivamente— en el último capítulo del libro como un personaje que dialoga con dos jóvenes guayaquileños que habían conocido al dictador y que acaban de enterarse de su muerte. Uno de ellos, Felipe Carbo, hace una larga lista de «los crímenes cometidos por García Moreno durante su larga dominación, despótica, omnímoda, autocrática» (CM, 136), para luego escuchar, de boca del ambateño, una comparación de García Moreno con otros tiranos como el doctor Gaspar Rodríguez Francia en Paraguay, Juan Manuel Rosas en Argentina, Mariano Melgarejo en Bolivia, José Rafael Carrera en Guatemala y Rafael Núñez en Colombia (CM, 140-141).

Así, en sentido general, la novela entera es una condena a los regímenes conservadores de la región, provocadores del atraso

15 Hemos de recordar que Gallegos Naranjo fue víctima de la furia de García Moreno, al punto de que estuvo exiliado en Chile durante la etapa final de su gobierno, lo cual explica la clara animadversión que supura la novela.

moral, social y económico de sus respectivos países. Su imaginación proyecta, aunque en términos negativos —en tanto lo que hace es rechazar a sus opuestos—, una serie de ideales desarrollistas que bien pueden resumirse en todo lo sintetizado por el Bello Edén/Guayaquil de la primera novela. La articulación de ambos relatos, por tanto, se da justamente en el espacio imaginario de la utopía desarrollista, siendo nuevamente los ideales del liberalismo la piedra angular del proyecto con el que se sueña.

Por último, *Haz bien, sin mirar a quién*, publicada en 1910 con el subtítulo de «novela social»,¹⁶ es un relato que fantasea sobre la utilidad de la riqueza y la filantropía para el desarrollo progresista, en clara visión utópica de la sociedad guayaquileña de la época bajo el caudillaje de sus élites enriquecidas. Se abandona aquí tanto el esquema fantasioso futurista presente en *Guayaquil* como la mirada revisionista de la historia con la que está construida ¡Celebridades malditas!, para centrar la atención en la ciudad contemporánea y desde ahí imaginar posibilidades del futuro inmediato. Lo de «social» del subtítulo ha de entenderse no por una aproximación, siquiera tangencial, a un espíritu reivindicador de una posible equidad entre clases, sino más bien por articular su hilo narrativo en torno a un conjunto de episodios «de sociedad», cercanos quizá al modelo de la novela aristocrática decimonónica.

En sus diez capítulos, *Haz bien, sin mirar a quién* cubre un período de prácticamente un siglo, de 1810 a 1902, desde el nacimiento de Hermógenes Cervantes, patriarca familiar, hasta el encumbramiento de su familia de manos de su hijo Próspero, protagonista de la novela. Pérez Pimentel ha calificado este título como obra «romántica y sin ninguna trascendencia», apenas un «trabajo literario ejercitado para no perder la costumbre de seguir escribiendo». ¹⁷ Si bien podemos reconocer mucho de eso en esta novela última de Gallegos Naranjo —quizá la más simple, predecible y aún inocente de las tres—, acaso resulta por lo mismo la más interesante en tanto se nos muestra como una plasmación excesiva —casi caricaturesca— de los ideales e ilusiones desarrollistas de una cierta élite guayaquileña de inicios de siglo. Acaso resulta más evidente en este sentido que las dos anteriores porque el mundo que construye en su representación

¹⁶ Guayaquil: Imprenta y litografía de El Comercio, 1910, 92 pp. Utilizaremos la abreviatura HB.

¹⁷ Pérez Pimentel, "Manuel Gallegos..."; consulta del 12 de noviembre de 2017.

es el propio Guayaquil de la época, no ya una proyección de su destino futuro o una revisión de su pasado histórico.

La novela, como decimos, cuenta la historia de Próspero Cervantes —y vaya si es significativo este nombre—, joven culto y dado a poeta, último hijo de una familia antes acomodada y ahora venida a menos. Tras un matrimonio fallido con Lorenza Pérez, mujer de inferior clase social que muere durante su primer embarazo, Próspero reconstruye su vida con relativa normalidad y abundancia, a pesar de los sucesos políticos de la turbulenta nación (se menciona, por ejemplo, el episodio de la venta de la bandera de 1894) y aún de las catástrofes (como el incendio del 5 de octubre de 1896, que destruye gran parte de la ciudad y pone en riesgo el patrimonio familiar).

No obstante, la existencia da un giro extraño a raíz de un acontecimiento casual que ocurre en los años finales del siglo: un viajero francés cae enfermo en la puerta de su casa y Próspero le ofrece toda su atención y esfuerzo para salvarlo, cosa que logra tras la intervención de muchos médicos y de su propia sapiencia. El viajero, que se presenta como Victor Soublíé, ofrece recompensarlo con la mitad de su fortuna, pero Próspero lo rechaza. Sin embargo, Soublíé lo convence de acompañarlo en su viaje a Francia como secretario, con su debido sueldo. Próspero se entusiasma y parte con el francés hacia Panamá y, luego, Europa. Ya en París, el guayaquileño procura retomar la pista de una antigua amante, Julia Mazarino, joven viuda a la que había conocido en Nueva York cuando había residido en esa ciudad exiliado por el gobierno de García Moreno en 1872, años antes de su matrimonio con Lorenza Pérez. De esa antigua relación había resultado una hija, Laura, sin que ello llevara a sus padres a casarse en esa ocasión. Ahora, en París, Próspero busca recuperar esa antigua oportunidad de enlace familiar.

Los asuntos se precipitan cuando Soublíé organiza una reunión elegante con numerosos banqueros acaudalados amigos suyos y en ella revela que su verdadera identidad es Santiago Laffitte, millonario banquero francés. La suma que entrega a Próspero por salvarle la vida —aunque él procura rechazarla— es de cien millones de pesos en oro, lo equivalente a doscientos millones de sucres de la época, es decir, una fortuna inconmensurable. Sin terminar de creer lo que le sucede, Próspero es instalado en la casa de Laffitte y empieza a soñar el bien que podrá hacer a muchos con su nueva fortuna. Entusiasmado, apresura el reencuentro con Julia Mazarino, convertida tras los años en condesa de Bella Aurora, elegante mujer que ha dado la

vuelta al mundo en numerosos y continuos viajes de exploración intelectual. El encuentro se da finalmente luego de que Próspero ha enviado noticias y gran cantidad de dinero para su familia en Guayaquil. Aunque llena de emoción, la reunión es breve. Próspero anuncia que volverá a Guayaquil en 20 días y le pide a Julia casarse con él para legitimar a Laura.

Otra sorpresa se da cuando, en la ceremonia de matrimonio entre Próspero y Julia, Laffitte —que actúa como testigo— queda prendado de Laura y poco después pide su mano. Los padres de la joven acceden encantados, con lo que la partida a Guayaquil se da luego de un nuevo matrimonio: el del banquero y la joven hija de Próspero. Se termina de pactar así la alianza entre el hombre bondadoso y la aristocracia financiera (internacional) de la época, que es en última instancia la que posibilita su ascenso en la escala social. El parangón que establece este posible relacionamiento es justamente el intrínseco carácter humanitario que proviene de la riqueza de espíritu, correspondiente en alguna medida a la riqueza material. Desde esa nueva altura otorgada por la inesperada fortuna, Próspero se dispone a perpetuar el carácter moral que lo ha llevado a triunfar: de ahí proviene el título de la novela, de claras implicaciones, por tanto, en el sentido utópico-político que hemos venido explorando.

74

Parten así hacia América solamente Próspero y Julia, dejando a Laura junto a su nuevo marido. Viajan los esposos embarcados en un vapor de nombre Versailles. Poco antes, Próspero ha enviado un yate cargado de riquezas, regalo de uno de sus nuevos amigos, el también banquero Mackay.

En los capítulos finales, la fantasía se desborda en esta suerte de insistente apología de la riqueza y lo que aparecería como una correspondiente, natural y obligada filantropía humanitaria. Cuando Próspero y Julia arriban a Guayaquil, la ciudad y el país entero se entusiasman con la llegada de esos nuevos y generosos ricos. Próspero dedica su empeño y generosidad a los dos «objetos de sus más íntimas afecciones»: patria y hogar (HB, 75). Así, sus acciones son muchas: trabaja en mejoramientos para la ciudad —siempre con excesiva humildad, al punto que llega a rechazar ceremonias de homenaje en su honor—. Pide a Laffitte que mande a hacer y envíe tres estatuas para engalanar la ciudad el 10 de agosto: Calderón, Sucre y Montalvo. Entrega a dos de sus hermanos gran cantidad de dinero para que viajen a Nueva York y adquieran cuatro buques de guerra (tres acorazados y un cañonero), que luego regala al Gobierno de Alfaro junto con el pago

de la totalidad de la deuda exterior, «obstáculo odioso y penoso para el progreso» (HB, 79). Por último, envía a su sobrino Bolívar Cervantes, recién graduado de diplomacia, para que viaje al Perú y entre en contacto con la cúpula política de ese país, en especial su presidente, con el fin de convencerlo de devolver al Ecuador las tierras usurpadas en el tratado Herrera-García. El viaje de Bolívar es tan exitoso que, poco después, el Ministro Diplomático del Perú arregla los asuntos y el Ecuador recupera lo perdido «sin alterar las buenas y amigables relaciones de entrambos países» (HB, 84). Tan exagerada y soñadora resulta esta imaginación que el propio Gallegos Naranjo ha titulado la sección correspondiente como «Deseos realizables. Capítulo ilusorio», poniendo en boca del propio Próspero, al final de ella, la idea de que todo lo expuesto no son sino intensiones remotas pero posibles. De nuevo aquí, pues, la proyección hacia un futuro quimérico cuyo sostén son los ideales liberales del crecimiento económico y el desarrollo material.

Así, Próspero se muestra como una suerte de salvador de la patria gracias al desinteresado apoyo que ofrece y mantiene desde su elevada condición social y moral, ambas garantizadas —aparentemente— por su riqueza. La novela finaliza con lo que vendría a ser un paroxismo de Próspero en este sentido. El millonario, además de organizar una fiesta de dimensiones colosales para casar a todas sus sobrinas y parientes en una misma fecha, continúa con labores de caridad y filantropía, colaborando con todas las sociedades de beneficencia del Ecuador, instalando escuelas laicas con rentas propias, donando libros y dineros a diversas personas, etc. En cierto momento, reúne a toda su familia en el salón y les anuncia que ha comprado un palacio en la Plaza de la Concordia, en París, antigua propiedad del Duque de Grevy. Su plan es trasladar a toda la familia para residir en la capital de Francia. Tras las despedidas correspondientes, los Cervantes se instalan, «ricos, ilustrados, buenos y virtuosos», en París, donde el porvenir se encarga de hacerlos felices. El palacio construido por ellos en Guayaquil desaparece en el incendio del 17 de julio de 1902, pero su fama perdura en el Ecuador con la máxima «haz el bien, sin mirar a quién», que tanta felicidad le trajera a Próspero y los suyos.

En términos de argumento narrativo, *Haz bien, sin mirar a quién* cierra su mundo posible con una proyección imaginaria muy claramente alineada con lo ya visto en las novelas anteriores del autor. Riqueza, moralidad y filantropía se establecen, a través de la figura de Próspero, como los fundamentos con los que Guayaquil y

la nación han de avanzar en un recorrido de progreso marcado, una vez más, por elementos distinguibles claramente en el contexto de la modernidad capitalista del momento, oficializada y institucionalizada en el Estado ecuatoriano justamente en esos años posteriores a la Revolución Liberal.

Vista en conjunto, esta trilogía novelística de Gallegos Naranjo nos muestra un ciclo de imaginación sin duda muy interesante en términos del proyecto que sustenta. Las tres novelas pueden leerse —es lo que hemos pretendido— como una manifiesta declaración de principios de organización social, económica y política en términos evidentemente nacionales. A través de los tres mecanismos escogidos para construir sus universos narrativos —la fantasía futurista de *Guayaquil*, la revisión histórica de ¡Celebidades malditas!, y la fantasmagórica imaginación presente de *Haz bien, sin mirar a quién*— Gallegos Naranjo da una respuesta clara al debate que planteaba la progresión civilizatoria de la época, dando cuenta del establecimiento, en el imaginario de la burguesía letrada —para entonces ya dueña del poder—, de la nueva hegemonía simbólica imperante. Aquella que, décadas atrás, en la «inmensa batahola» de la que hablaba Mera, clamaba con el grito: «La humanidad progresa y se aproxima a la perfección».

76

Bibliografía

- Balseca, Fernando. “Los modernistas portuarios: la otra lírica de Guayaquil”. Informe final de proyecto de investigación, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2004.
- Barrera, Isaac J. *Historia de la literatura ecuatoriana*. Quito: Libresa, 1979.
- Gallegos Naranjo, Manuel. ¡Celebidades malditas! Novela histórica. Guayaquil: s.e., 1906.
- *Guayaquil. Novela fantástica*. Guayaquil: Imprenta Manabita, 1901.
- *Haz bien, sin mirar a quién. Novela social*. Guayaquil: Imprenta y litografía de El Comercio, 1910.
- Guerra Cáceres, Alejandro. “Apuntes biográficos sobre Joaquín Gallegos Lara”. En *Escritos literarios y políticos de Joaquín Gallegos Lara*. Colección Letras del Ecuador n.º 122, 5-91. Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1995.
- Maugascha, Juan, ed. *Historia y región en el Ecuador. 1830-1930*. Quito: Corporación Editora Nacional, 1994.

- Mena, Claudio. "El ensayo y el periodismo en el período". En *Historia de las literaturas del Ecuador 4. Literatura de la república 1895-1925*, coordinado por Julio Pazos Barrera, 161-187. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2007.
- Ortega Caicedo, Alicia. *Fuga hacia adentro. La novela ecuatoriana en el siglo XX. Filiaciones y memoria de la crítica literaria*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar; Buenos Aires: Corregidor, 2017.
- Pérez Pimentel, Rodolfo. "Manuel Gallegos Naranjo". En *Diccionario biográfico del Ecuador*, tomo XIV, 262. Guayaquil: Universidad de Guayaquil, 1997.
- Portais, Michel. "La población en el espacio ecuatoriano: evolución histórica". En Daniel Delaunay, Juan B. León V. y Michel Portais. *Transición demográfica en el Ecuador*, 14-16. Quito: Centro Ecuatoriano de Investigación Geográfica, 1990.
- Rolando, Carlos A. *Las bellas letras en el Ecuador*. Guayaquil: Imprenta y Talleres Municipales, 1944.
- Mera, Juan León [pseudónimo Hermias]. *La santa guerra. Breves reflexiones sobre el estado religioso y social del siglo*. Quito: s.e., 1872.
- Rodríguez Albán, Martha. "Vigencia de *La novela ecuatoriana* de Ángel F. Rojas". *Kipus. Revista Andina de Letras* 25 (Quito, I semestre 2009): 151-164.
- Rodríguez Pappel, Solange. "Sumergir la ciudad: apocalipsis y destrucción de Guayaquil. Estudio de tres novelas de literatura proyectiva: *Guayaquil, novela fantástica* de Manuel Gallegos Naranjo, *Río de sombras* de Jorge Velasco Mackenzie y *El libro flotante de Caytran Dôlphin* de Leonardo Valencia". Tesis de grado para la Maestría en Estudios de la Cultura, mención en Literatura Hispanoamericana, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2014.
- Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Andrés Landázuri (Quito, 1981). Licenciado en Comunicación y Literatura por la PUCE (Ecuador) y Magíster en Filología Hispánica por la UNED (España). Ha publicado los libros *El legado Sangurima. La obra literaria de José de la Cuadra* (2011) y *Espejo, el ilustrado* (2011), además del poemario *El final de los días* (Buenos Aires, 2014). Actualmente es docente en la Universidad de las Artes y candidato a Doctor en Literatura Latinoamericana por la UASB (Ecuador).